

Carlos René Correa

María Luisa Bombal



ASCIMENTO ha publicado recientemente la segunda edición de dos novelas de María Luisa Bombal: «La última niebla» y «La Amortajada». Pocos escritores chilenos como ella lucen una delicadeza mayor en el relato, que es constructivo; a veces fina evocación de ensueños o aguda espina que se clava en el doloroso amor...

María Luisa Bombal posee un estilo impecable, vigoroso, fino. «La última niebla», cuyas imágenes están veladas por la bruma y que revelan una inmensa desolación interior en muchos de sus períodos, fué el primer paso hacia un arte de novelar lo que pasa en la cabeza y el corazón de una mujer. La próxima llegada del amante es esperada con ansia; llega, por fin, en una noche de niebla y de misterio; ella apenas los palpa y espera con pasión su vuelta; cree encontrarlo en su camino; su voz se hace impotente para llamarlo; la niebla todo lo cubre y, por fin, sin poderse quitar la vida, sufre el camino opaco de una existencia que se abandona en una inercia permanente.

«La niebla se estrecha, cada día más, contra la casa, escribe. Ya hizo desaparecer las araucarias, cuyas ramas golpeaban la balaustrada de la terraza. Anoche soñé que, por entre las rendijas de las puertas y ventanas, se infiltraba lentamente en la casa, en mi cuarto, y esfumaba el color de las paredes, los contornos de los muebles, y se entrelazaba a mis cabellos, y se me adhería al cuerpo y lo deshacía todo, todo...»

Enriquecen esta segunda edición dos nuevos cuentos, «El árbol» y «Las islas nuevas», en los que soratea un crecido dramatismo y la belleza de un estilo que se depura y quema.

En la vida literaria de María Luisa Bombal, vino después «La amortajada». Si se hubiese propuesto escribir una obra delicada, original, expresada en un estilo sutil, no habría obtenido la autora un resultado más perfecto que estas espontáneas páginas de su última novela. Obra escrita más en el ensueño que en la realidad; sus personajes caminan sonámbulos y son anímicos e intrascendentes, a tal punto que suelen confundirse con la penumbra.

La autora lo sensibiliza todo y nos pone en contacto con lo mínimo que logra penetrarnos y poner cierto ahogo en nuestros espíritus. Palpamos un mundo invisible; oímos voces que nos llegan desde la lejanía y miramos crecer flores amorosas, unas lícitas otras no.

El interés creciente hace que completemos la lectura en una sola jornada. No podemos cortar el hilo de

este desarrollo dramático que sólo ocurre en unas cuantas horas enlutadas...

A pesar de la sombra que cae sobre este libro, hay en él frescas evocaciones que nos liberan por breves instantes del obscuro recinto. Como en «La última niebla», el temperamento de María Luisa Bombal deambula aquí en un clima pegajoso, de bruma helada y finísima.

La novela comienza con estas palabras: «Y luego que hubo anochecido, se le entreabrieron los ojos. Oh!, un poco, muy poco. Era como si quisiera mirar escondida detrás de sus largas pestañas.

A la llama de los altos cirios, cuantos la velaban se inclinaron, entonces, para observar la limpieza y la transparencia de aquella franja de pupila que la muerte no había logrado empañar. Respetuosamente maravillados se inclinaban, sin saber que ella los veía.

«Porque ella veía, sentía».

La novela de «La amortajada» va creciendo como un agua de pozo en noche de lluvia; es oscura y lenta; a veces tiene un claro sonido de campana... Todo se inmaterializa; la gente que vela junto a la muerta, pálida, lacio el cabello, con un reflejo amarillento de cirios en el rostro; pero Ana María dialoga, conversa, se entrega a íntimas evocaciones de su vida amorosa y sentimental; aparece la mujer de blancos pensamientos, pero ardiente e invadida por el amor.

Vivió en una hacienda; muy cerca de su tierra estaba él. Rodeando su muerte, sus hijos, sus viejos

amigos. Afuera llueve. Los elementos de la naturaleza sirven a María Luisa Bombal para inmaterializar más aun las escenas de sus novelas; allá era la niebla, aquí es la lluvia: «El murmullo de la lluvia sobre los bosques y sobre la casa la mueve muy pronto a entregarse en cuerpo y alma a esa sensación de bienestar y melancolía en que siempre la abismó el suspirar del agua en las interminables noches de otoño.

La lluvia cae, fina, obstinada, tranquila. Y ella la escucha caer. Caer sobre los techos, caer hasta doblar los quitasoles de los pinos, y los anchos brazos de los cedros azules, caer. Caer hasta anegar los tréboles, y borrar los senderos, caer.

Escampa y ella escucha nítido el bemol de lata enmohecida que, rítmicamente, el viento arranca del molino. Y cada golpe de aspa viene a tocar una fibra especial dentro de su pecho amortajado».

En este ambiente de cirios, de flores; de velo de lluvia lejana, está la amortajada con los ojos entreabiertos, muerta para todos, viva para ella; escuchando su vida pasada, evocando el amor, la traición; mirando al hijo que le llegó como una flor de otoño... Ella era triste y había lluvia en el ambiente...

El también está allí, como un cirio, velándola y mirándola: «Su presencia anula de golpe los largos años baldíos, las horas, los días que el destino interpuso entre ellos dos, lento, obscuro, tenaz».

Y vienen, después, como en tumulto, los recuerdos; el regreso a los caminos que ya su pie muerto no po-

dría recorrer. Rememora los días de campo; días de siega, de cosecha, de cabalgatas. Dice: «Apegada a tu cadera, contenía la respiración tratando de aligerarte mi presencia».

Evoca Ana María sus ojos entreabiertos muerta, en el silencio de su última alcoba terrena, mientras se desgranaban rosarios por la paz de su espíritu. El galope de los caballos, la ternura de la cabeza de Ricardo «que se recortaba sobre un fondo de cielo, donde grandes nubes galopaban, también, como enloquecidas».

Ana María se expresa en lentos soliloquios; ella se entregó al amor de Ricardo, porque su brazo era varonil y la miraba con fuerza penetrante que se estrellaba en su dulzura y emoción femeninas.

Las palabras herían sus oídos a pesar de la muerte; pasaban sobre su cabeza unas nubes lejanas de lluvia, empujadas por vientos que soplaban sobre cordilleras desconocidas. La amortajada veía crecer los cirios y escuchaba las plegarias de los vivos. Después: «Tomaron la caja, la llevaron al mausoleo de la familia; atravesó una calle rodeada de álamos; después reposó en un mar, «entre pepitas de oro y caracolas milenarias».

Ahora, dice María Luisa Bombal. «anhelaba la inmersión total, la segunda muerte: la muerte de los muertos».

Podemos afirmar que María Luisa Bombal es una novelista de la penumbra; está muy distante de los criollistas y evoca, sin embargo, el paisaje y las cos-

tumbres con delicadeza y novedad. Huye de lo accesorio para poner siempre una nota ponderada en el límite de la evocación y de la realidad.

Un halo sentimental y fantástico se anilla a la descripción cuidada y elegante de los detalles de «La última niebla» y de «La Amortajada».

Novelas y cuentos llenos de poesía; páginas que lucen períodos tan hermosos y sugerentes como éste: «Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo, ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche».

María Luisa Bombal ha logrado crear una auténtica poesía novelada en toda su obra; ella bien conoce los sortilegios de la alucinación y se deja conducir por la belleza de las imágenes que se engarzan como si fueran flores de una misma corona para servir de adorno a la amortajada, perdida irremediabilmente en «La última niebla». Crece esta labor artística como los árboles, verdes y amarillos, porque la edad se termina cuando sobreviene el ensueño.